

CASO OBSESIÓN

MariaJe Bailón

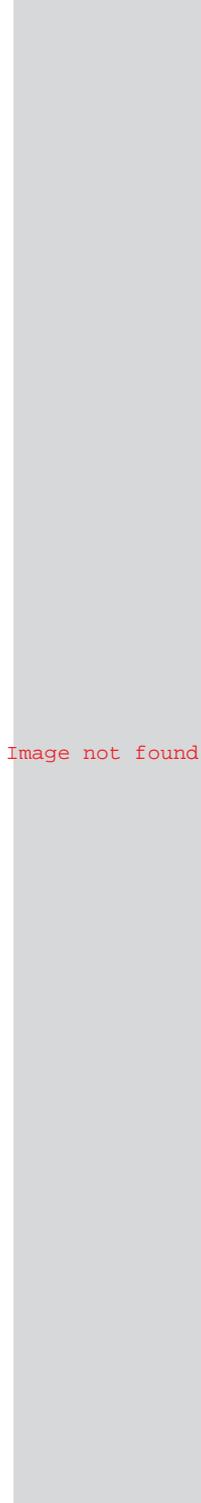


Image not found.

Capítulo 1

Prólogo.

Sentada en esta silla blanca, con paredes de cristales blindados a mi alrededor, como una leona salvaje enjaulada, eso es lo único que veo desde hace varios meses: eso es lo que soy ahora. Dicen que estoy loca, ¿lo estoy? No, ¿verdad? Estoy cuerda. Completamente cuerda. Pero enloqueceré si continúo aquí atada. Atada mañana, tarde y noche, sin hacer nada. Dejadme. ¡Dejadme en paz! ¿Es que no lo veis? Ellos me trajeron aquí porque decían que ya no era la misma. Decían que estaba consumiéndome en mis libros, que necesitaba ayuda porque ya no salía de casa, ni comía, ni dormía; solo escribía. Pero no es cierto: los libros eran mis hijos, mi vida y mi oxígeno, solo eso. No estoy obsesionada. ¡No lo estoy! ¡¿Escucháis?! Yo me esfuerzo por lo que quiero, y siempre consigo lo que deseo. Siempre. Aunque me cueste años, meses... no lo sé. Pero para mí nada es imposible cuando yo lo digo: nada. Ni siquiera esto.

¿Cuánto tiempo se me ha negado el éxito? ¿Cuántos «no» me han regalado a pesar de mi esfuerzo? Muchos. Incontables, diría yo. Pero, ¿me he rendido? No. Nunca lo he hecho. He seguido ahí, con valor, mejorando, intentando desarrollar mi creatividad cada vez más y más... hasta agotarme. Y cuando me agotaba venía el llanto y las ganas de rendirme. ¿Cuánto tiempo solía durar esa tristeza? ¿Un mes? ¿Dos meses quizás? No lo sé. No me interesa saberlo. Lo único que quiero ahora es mi bolígrafo para continuar la escritura. Mi bolígrafo y una libreta, sí. Pero estoy atada, y los señores de batas blancas no quieren darme lo que les pido... ¡Malditos!

Grito una vez más, y me sacudo en la silla, enfurecida.

Si estuviese libre de mis ataduras podría escapar de esta prisión.

No lo entiendo. ¿Por qué estoy aquí? ¿Es esto un hospital de salud mental donde no dan buen trato a sus clientes? ¿Por qué me han traído aquí condenando mi vida a la desesperación? Sé que fueron los hombres de la oscuridad. Los hombres, porque eran más de uno, pero no sé sus nombres, ni recuerdo sus rostros. Solo que me agarraron y me arrastraron a pesar de mis sollozos y súplicas. Y ahora estoy aquí, sola, esperando un milagro, una oportunidad para huir, o una señal que me devuelva la esperanza escurridiza entre mis dedos.

Vuelvo a gritar, y me sacudo de nuevo sin resignarme a permanecer quieta.

La puerta se abre y callo mientras estudio a los enfermeros. Sé que mi rostro solo expresa desconfianza y repulsión, pero no me importa que ellos lo sepan. ¡No me importa nada ya!

Un rizo castaño cae sobre mi nariz, soplo para alejarlo, y justo entonces veo la aguja en la mano del hombre: un sedante. El terror se apodera de mí una vez más, y aprisiona con sus garras mi estómago. Noto como si mil pájaros penetrasen en él y lo picoteasen con fuerza, pero me consuela pensar que son solo nervios.

Grito más fuerte.

—¡No podréis callarme! ¡Nunca abandonaré! ¡Nunca!

—Relájate, Anissa.

El pinchazo se estrella en mi piel y el efecto es inmediato: mis párpados se cierran y mi respiración se relaja. Me siento a mí misma doblada, y caigo en ese sopor profundo tan conocido: Un sueño pegajoso e inevitable, sin pesadillas que me atormenten.

CAPÍTULO I: Anissa.

—No, detective, alguien se llevó a Anissa y quiero que la encuentren. ¡Esta espera es mortal! ¿No lo entiende? —La mujer posa sus manos morenas en la frente y niega con la cabeza, pesarosa—. ¿Quién querría secuestrarla? ¡Ni siquiera salía de casa! Siempre encerrada con sus libros. Estaba tan enfrascada en ellos... diría que demasiado.

—Señora, relájese y cuénteme de nuevo lo de su hija. Todo —le digo fijando en ella mis ojos verdes.

La pobre mujer lleva insistiendo en que sea otro detective el que lleve el caso desde hace mucho tiempo. El amor por su hija es tan grande como su impaciencia, y al final ha conseguido que sea yo quien atienda a su problema. Esto de tener un buen renombre profesional, a veces, es un fastidio.

Por mi parte, pedí un informe al anterior detective sobre el caso. Lo cierto es que me impactó el hecho de que en tantos meses no hubiesen avanzado apenas. No dudo de que esa chiquilla esté ya muerta o algo peor. A mis cincuenta años he visto de todo, desde aquellos secuestros que acaban en muerte, hasta aquellos en los que retienen a jóvenes adolescentes para tenerlas a su merced día y noche, quitándoles la voluntad y anulándolas hasta dejarlas sin esperanza.

Miro a mi hijo con gesto sombrío, y este comprende al instante mis pensamientos. Él y yo siempre nos entendemos a la perfección con el

más mínimo contacto y, a veces, me ayuda a desvelar casos, ya que es inteligente y avisado, y más de una vez su ayuda ha sido decisiva para mi trabajo. Al principio me mostré reticente a aceptarla (seamos realistas; este no es un trabajo para gente normal. Hay que tener estómago y mantener la cabeza fría en situaciones impensables. ¡Ya lo creo que sí!), pero lo solucionó diciendo que quería vivir nuevas aventuras que diesen emoción a su vida rutinaria.

—¿Contarlo de nuevo? —continúa la mujer cruzándose de piernas.

—Sí, señora. Aunque haya leído el informe sobre el caso, necesito que me cuente cómo era su hija en las últimas semanas. Si hacía gestos extraños, alguna actitud poco habitual, las personas con las que solía salir, sus enemistades... Necesito saber lo máximo posible.

—Entonces debería usted sentarse, señor Doyle.

—Por favor, llámeme Eric. Algo me dice que vamos a tener que tratarnos por mucho tiempo...

Cierro la boca al decirlo.

¡Mierda! ¿En qué demonios estoy pensando? Lo último que necesita esa mujer es que alguien le diga que la investigación va para largo. Es su hija, ¡por Dios! Si a mí me quitasen a mi Arthur...

—En ese caso le agradecería que me llamase Elisa. —Trata de disimular su disgusto, pero su tono de voz es demasiado bajo, y su mirada refleja un dolor reprimido en el fondo del corazón.

—Elisa es un nombre bonito —contesto intentando disminuir la tensión.

—Muchas gracias, detective. Eric también lo es, aunque no muy común, por cierto. No aquí.

Sonríe con aires de «chúpate esa», y realiza un gesto con la mano para que tome asiento. Yo no la rechazo y, como es evidente, tampoco me apetece replicarle: he tratado con mujeres peores. La paciencia siempre ha sido una de mis virtudes, aunque está feo que sea yo quien lo diga.

Una vez sentado, abro mi maletín para coger el cuaderno, los bolígrafos y los fosforitos. El tacto del cuero me tranquiliza. Me parece tan familiar, tan rutinario en mi vida, que no puedo evitar sonreír para mí.

—Puede comenzar, Elisa —indico colocando la libreta sobre mis piernas.

—Pues verá usted, todo empezó hace unos años.

—¿Hace cuántos años? Si no le importa, me gustaría que fuese todo lo precisa posible.

La mujer levanta una ceja, y asiente sin darle importancia a la interrupción.

—Sí, señor, hace unos años. Dos como mucho. No estoy segura. —Observa el techo pensativa, y continúa con su explicación—. Anissa era una muchacha feliz y dulce, de esas jóvenes con sonrisas para todos que siempre ayudan a las personas que lo necesitan. Eso sí, era bastante tímida, aunque cuando confiaba en alguien dejaba ver su verdadero yo sin importarle que le hicieran daño. No sé si eso le servirá o no, pero como me ha dicho que lo cuente todo...

—Por supuesto, Elisa. Continúe.

Se remueve en su silla, nerviosa.

—Pues bien, ella empezó a escribir muy pequeña, como hobby, ya sabe; algún que otro cuento infantil, historias de amor de adolescente, diarios... El caso es que a los dieciocho años, Anissa empezó la carrera de magisterio y, a los diecinueve, ya en el segundo año de carrera, su pasión por escribir volvió.

—¿Con eso quiere decir que empezó con los relatos otra vez?

—Sí. Bueno, no. Quiero decir que esta vez fue mucho peor que la anterior: la mayor parte del tiempo estaba encerrada en su cuarto, y cuando venía a cenar lo hacía seria. Si le preguntaba qué le ocurría, respondía con un seco: «estoy concentrada». Ya sabe, como si estuviese de exámenes finales. Mi Anissa empezaba a ser otra persona, y eso me asustaba. —Elisa apoya la frente en la mano derecha y se echa para delante. Su cabello cae por su cuello, suave, y su vista azul se clava en mí provocándome un escalofrío—. ¡No se puede ni imaginar cómo la añoro!

En un intento por consolarla, coloco mis dedos en su rodilla proporcionándole una leve caricia.

—No se preocupe, por favor. Es normal que la añore, pero piense que aquí estoy yo para traerla de vuelta.

Le sonrío para infundirle ánimos, y ella me devuelve la sonrisa.

—Ahora, si no le importa —continúo retirando mi mano—, la historia se pone interesante.

—Pues, como le iba diciendo, escribió sin parar, y cuando tuvo el libro acabado lo corrigió una vez, luego otra, luego otra... perdí la cuenta de cuántas semanas se dedicó a lo mismo, y después se envalentonó, y decidió que enviarlo a una editorial sería lo mejor. Yo le decía que no todo era tan fácil como ella pensaba. La intenté convencer para que esperara a tener un estilo más...

—Maduro —interviene mi hijo.

—Arthur —le digo como advertencia.

Cuando él me ofreció su ayuda y consiguió que la aceptara, le dejé claro que no participaría en temas que lo tocasen de cerca, así que, teniendo en cuenta que él es editor y la secuestrada una escritora (en apariencia obsesionada con sus manuscritos), está claro que esto le interesa demasiado. Y con esto me refiero a todo el proceso que tiene que ver con la investigación de la desaparecida. Sobre todo ella: la desaparecida.

—Y dígame, Elisa. —Desvió la atención de nuevo hacia la madre—. ¿Hubo alguien que la acompañase durante todo este recorrido? ¿Alguien que la ayudara a buscar editor?

La mujer asiente sin energía soltando un pequeño suspiro.

—Sí, lo había. Un novio al que quería muchísimo. Siempre estaban juntos, y él no le habría hecho daño nunca. Pero déjeme avanzar en la historia, y entonces entenderá. —Cierra los ojos y traga con dificultad, como si la saliva se hubiese vuelto espesa.

—Creo que debería usted marcharse a la cocina a beber algo de agua —aconsejo con toda mi buena intención.

—Por supuesto —murmura.

Se levanta, y se dirige a la cocina meneando las caderas. Mientras tanto, agarro a Arthur del brazo con más rudeza de la que pretendía, pero él no parece notarlo.

—Arthur, —le regaño— te conozco mejor que nadie, y sé que este tema te pone nervioso. Por favor, ya hablamos de los problemas de un interés demasiado profundo. No quiero que te involucres en esto más de

lo que ya estás.

Sus ojos negros me devuelven una mirada apasionada.

—No voy a negarte que la historia de esa tal Anissa me llama la atención. Es normal, ¿no? Mi trabajo tiene que ver con la escritura, así que me veo atraído hacia lo que me es familiar.

—Lo sé, hijo, pero ya entiendes lo que quiero decirte. Puedes sentirte atraído e interesado, pero NUNCA... —resalto sin dejar de observarlo con severidad.

Quizás mi reacción es exagerada, pero hubo un tiempo en que un secuestro cazó mi atención y no deseo eso a nadie. Esa sensación de no poder vivir sin investigar, esas ansias de volver una y otra vez a abrir los informes, a repasar las pruebas que no llevan a ningún lado... con tan solo pensarlo me estremezco: Los papeles me consumían, y las noches se convertían en torturas repletas de sueños siempre iguales.

—...NUNCA debes obsesionarte. Todo comienza con un simple «gusanillo» —continúo—, y de pronto no eres capaz de salir del círculo, hijo. Y es un círculo que solo eres capaz de romper por ti mismo, sin ayuda, lo cual es aún peor. —Hago una pausa esperando una reacción por su parte que no llega—. Créeme, te lo digo por experiencia. Así que ahora recuerda; corazón de piedra. No imaginas, no sientes. Solo trabajo.

—Papá, no me seas irreflexivo. ¿Recuerdas que ya soy un adulto? No necesito que me repitas las cosas tantas veces. —Echa la cabeza hacia atrás, y suelta una carcajada seca—. ¡Oh, vamos! —Me golpea la espada—. He ido contigo a tantos casos ya, y ninguno de ellos ha hecho que mi, como dices tú, «gusanillo», crezca. Así que estate tranquilo, ¿quieres? Por una vez en tu vida.

—¿Cómo quieres que esté tranquilo? Yo tengo mucha más experiencia que tú en esto. ¡Y que me maten si no tengo razón! Al final no podrás salir del círculo, Arthur. No digas que no te avisé cuando llegue el momento.

—Espero que te des cuenta de que estás equivocado.

Niego con la cabeza dándolo por perdido.

Este muchacho siempre ha sido el más cabezota de toda la familia: imposible discutir con él cuando está convencido sobre algo. Si él dice que no, es que no. Si dice que esa noche es el fin del mundo, ¡por cojones tiene que ser el fin del mundo!

—Disculpe la tardanza, detective, ya estoy aquí.

Elisa entra de nuevo en la sala de estar, y ocupa su lugar en el sillón, ahora algo más repuesta.

—No se preocupe, señora. Comprendo su situación, y no quiero presionarla.

Sonríe agradecida, aunque esta vez su sonrisa es más amplia, como si ese vaso de agua se hubiese llevado parte de la energía negativa.

—Como iba diciendo, envié ese manuscrito a un montón de editoriales, y estas la rechazaron, como ya le había advertido. —Se cruzó de piernas de nuevo, así que tuve que hacer un esfuerzo por no mirar su torneada piel tostada perfectamente depilada—. No obstante ella no se rindió, cosa que ya me esperaba. Nunca he conocido a otra luchadora como ella. Desde que nació ha sido de las que no paran hasta conseguir lo que quieren. Y ese ex novio suyo la convenció de que su escritura era magnífica. Ella lo creyó a pies juntillas, pero al final no le quedó otra que darme la razón: podía tener toda la imaginación que quisiera, patear sin parar dos meses seguidos, que no conseguiría nada hasta que mejorase.

»Por fin empezó a hacerme caso, pero eso fue todavía peor. ¡Ya lo creo que fue peor!

—¿Cómo es posible? —interrogo sin dejar de escribir.

—Su obsesión se multiplicó por dos. No... por tres. Los libros la mantenían ocupada, no solo durante la tarde, sino por la mañana y por la noche. Dejó de estudiar, de dormir, de salir de casa... de reír. A veces, incluso la escuchaba hablar con sus personajes en voz baja para que nadie la escuchara. ¿Cree usted que es normal?

—Es lo que tiene la gente obsesiva.

—¿A qué se refiere?

—A que nunca sabes de qué pueden engancharse. En su caso fue de la escritura, sí. Pero piense que podía haber sido peor: las drogas, el alcohol... eso es lo peligroso.

—Tiene razón.

Asiente descruzando las piernas, gesto que me recuerda a la película de «Instinto básico» y, volviendo al tema, dice:

—Dejó de ser la Anissa risueña que todos adorábamos, para ser lo contrario: Asocial, antipática y malhumorada. Para colmo, ese chico (su ex-novio) la dejó al acabar la carrera, lo que hizo que se refugiara aún más en sus novelas. La obsesión empeoró... aunque parezca imposible.

La voz de la mujer tiembla, hace una mueca con los labios parecido a un puchero, y agacha la mirada aguantando las lágrimas.

Tuvo que ser muy duro ver cómo una chica ejemplar se convertía en algo que no era. Una metamorfosis psicológica que necesitaba de un profesional para detenerla. De hecho, de haber sido yo Elisa, no habría dejado que mi hija llegase a ese punto.

Me pregunto si esos meses estuvieron plagados de peleas y reproches. Si el secuestro era lo mejor que había pasado a Anissa, teniendo en cuenta que su madre no había puesto remedio para su obsesión.

Joder... ¡¿Pero cómo puedo pensar que el secuestro era lo mejor para ella?! ¡A saber dónde está y lo que le están haciendo! Dios mío... pobre muchacha.

—Sé que es duro, Elisa. —Apoyo de nuevo la mano en su rodilla—. Prometo que el interrogatorio se acabará pronto.

—Claro. Cuanto antes mejor. —Suspira haciendo que su pecho se desinfle—. Después de eso, un día, sin esperarlo nadie, amaneció... y no estaba. ¡Mi querida hija había desaparecido! Su escritorio se encontraba, cómo decirlo. —Cierra los ojos y roza con sus manos las mejillas con una suavidad deliciosa.

Cuando los abre, sus córneas están anegadas en lágrimas y yo elevo la mano derecha para hacerla callar.

—Creo que por hoy es suficiente. Al fin y al cabo no quiero ponerla tan triste en una sola mañana. ¡Ah, eso sí! ¿Nos dejaría ver el lugar en el que ocurrió el secuestro? Aunque volvamos mañana para que continúe su historia, no querría irme sin ver la habitación.

—Pues claro que sí. Eric, Arthur, síganme. Debo avisarles de que los únicos que han movido o tocado algo del lugar del secuestro, fueron los que se encargaron de este caso previamente. Mi marido y yo no hemos entrado apenas: Demasiados malos recuerdos.

Andamos tras ella a través del pasillo, y no puedo evitar echarle un vistazo a su trasero respingón. La mujer tendrá treinta y cinco años aproximadamente, y está claro que le gusta cuidarse, aunque en su rostro ya se intuyen un par de arrugas que la hacen aún más sexy. Aunque me

reprendo a mí mismo lo poco profesional que estoy siendo en ese momento, pienso que no tiene nada de malo mirar.

Mi hijo, alto, apuesto como yo lo era a su edad (quizás más, y me siento orgulloso de reconocerlo), se mantiene demasiado callado para lo que él suele ser, prueba de que, pese a que ha dicho que no le afectará el caso, sí que lo hace. Además, soy un experto en detectar mentiras, y está claro que Arthur miente con todo su cuerpo.

Cruzamos el corto pasillo hacia el cuarto de la secuestrada, y su madre lo abre con cuidado. La puerta chirría de forma aguda, y la luz penetra iluminando el escritorio de la desaparecida, repleto de papeles desperdigados por la mesa, desordenados hasta el punto de agobiarme al mirarlo: parece un zulo con las paredes y el suelo empapelado de folios blancos.

La habitación es más grande de lo que esperaba, y a la derecha hay una preciosa cama blanca que parece mullida y cómoda. Con lo cansado que estoy este día, me lanzaría sobre ella de buena gana. A la izquierda, un gran ventanal cubierto de polvo por el que se filtran los rayos del Sol. Parece que hace mucho que nadie lo limpia. El armario de madera clara está entreabierto y deja entrever una serie de vestidos sencillos, y a la vez sensuales: esa chica debió de estar muy orgullosa de su cuerpo antes de que su vida girase en torno a la escritura.

—Solía ser muy ordenada pero, como dije, los secuestradores dejaron todo patas arriba...

—¿Lo dejaron todo patas arriba y nadie ha encontrado ninguna huella? ¿Ningún pelo?

—Eso dijeron los criminalistas anteriores.

Suspiro.

Si algo he aprendido en mi trabajo, es que el tiempo es el gran enemigo de las pruebas, porque las contamina hasta el punto de hacerlas inservibles.

—Claro que sí, Elisa. Ahora, si no le importa, ¿puede dejarnos solos a Arthur y a mí? Esto nos va a llevar un buen rato.

La mujer asiente, y su cabello se sacude al dar media vuelta y largarse en dirección a la cocina.

—Ponte los guantes y enciende la luz, Arthur —ordeno.

Se escucha el sonido del plástico del guante, y después un pequeño «click» que activa la lámpara que hay sobre nuestras cabezas, colgando como una telaraña en las esquinas de un castillo.

—¿Has oído a Elisa? No encontraron ninguna prueba en este desorden.

—Sí, y no me lo puedo creer. Es la primera vez que escucho esto. Siempre hay algo que coger, aunque sea un pelo de la víctima, las huellas de los padres, la hija y alguien más, una puerta forzada... algo.

—Quizás está equivocada. Creo que lo mejor es hablar con el anterior detective. Pedirle todos los detalles, cualquier cosa que pudo llamarle la atención. Por Dios, ¡no puede ser tan inútil!

—Hijo, estamos dando por hecho que es culpa de los criminalistas, pero ¿y si es cierto? ¿Y si el secuestrador fue tan cuidadoso que no dejó nada que llevar al laboratorio?

Arthur se encoge de hombros, aún con cara de póker.

—Primero intentemos coger pruebas nosotros mismos, si es que alguna se mantiene después de tanto tiempo.

Me abrocho bien el mono, el gorro y los guantes, y saco mi luz forense. Mientras tanto, mi hijo se hace con la cámara de fotos para fotografiar toda prueba posible.

La luz ilumina la moqueta al ras del suelo, mostrando solo polvo y marcas de tacones. No hay nada más aparte de folios que me entorpecen. Ni pelos, ni joyas. Nada. Ninguna huella de deportivas o botas. Nada de sangre o muestra biológica visible.

—Dame los polvos reactivos —digo.

Arthur me pasa tres botes: uno con polvo blanco, otro con negro y otro amarillo fosforito. Gracias a ellos detectaré cualquier huella invisible. Lo aplicaré con cuidado sobre superficies lisas hasta que aparezcan.

—Esta es mi parte favorita. —Sonríe mi hijo—. Siempre he pensado que es como magia.

—Pues de magia no tiene nada. Es pura ciencia.

Pone los ojos en blanco.

—Ya lo sé —replica.

Después mira cómo aparecen huellas en algunos de los folios, en el pomo del armario, de la puerta, en el escritorio y sobre un marco color caramelo con las hojas de un árbol de cristal enrolladas alrededor.

Cojo todas las huellas, Arthur las fotografía, y luego empiezo a buscar muestras biológicas. Cualquier cosa que pueda contener ADN y que no se ve a simple vista. Una huella de labios en un vaso, o saliva en la almohada.

—Vaya —murmura mi hijo, serio, detrás de mí—. Mira, Eric.

Separándome del ventanal (en el que no hay nada, ni siquiera señas de forzar la cerradura), me doy media vuelta y lo miro: en su mano sostiene el pequeño retrato de hojas de cristal que acabo de analizar. En la foto, la joven más guapa que he visto nunca nos sonrío con unos ojos rebosantes de alegría y vida. Una chica de unos veinte años con un bolígrafo entre las manos y un pequeño cuaderno color canela bajo el brazo. A simple vista se encontraba en una especie de parque frondoso. Quizás un parque natural, o una simple plaza. ¿Quién podría saberlo?

—Hay un chico con ella —murmura de nuevo.

—Sí, y es un chico con cara de mala uva.

—¿Y eres tú el que no se preocupa por el aspecto de los demás?

Me encojo de hombros, indiferente.

—No lo hago, pero en el trabajo hay que tenerlo presente. Guarda esa foto —ordeno señalándola con el dedo—. Preguntaremos a su madre después de revisar la habitación.

Arthur se encoge de hombros y guarda la foto en una bolsa de papel, que mete en el bolsillo derecho de su chaqueta con gesto elegante. A continuación se une a mi búsqueda entre papeles y, pasadas unas tres horas, me desespero entre tantas letras.

¡Oh, madre mía! ¡Esa joven ha escrito páginas y páginas de narraciones y diálogos! Páginas que nunca llegarán a ojos de nadie y que serán tiradas a la basura cuando llegue el momento. Historias salidas de una mente privilegiada que no volverán a repetirse de forma exacta. Años de esfuerzo y lágrimas depositados en simples folios blancos, ahora cubiertos de polvo. No sé si las historias serán buenas, pero la cantidad es grande.

—Pobrecita —comento en voz alta—. Tuvo que luchar mucho por una causa perdida.

De pronto mi corazón siente y mi garganta arde por la empatía con Elisa. Al fin y al cabo mi hijo y su hija no son tan diferentes: Editor y escritora, ambos amantes de las letras. La escritura que sustenta al editor, y el editor que ayuda al escritor.

Trago de forma sonora y me reprendo a mí mismo por mis repentinos sentimientos.

«No, Eric. Tú eres una piedra. Un hombre endurecido por el paso de los años. »

—¡Oh, papá! ¡Esto es lo más frustrante que he visto nunca! Tantas obras desperdiciadas —exclama Arthur estudiando la estancia desde la puerta— ¿Crees que habré leído alguna de sus novelas? ¿Crees que yo pude ser uno de los que la rechazaron?

—Lo sabía, hijo. ¡Lo sabía! —Casi grito—. Esto te toca muy de cerca. Te dije que tendría razón, y no haces más que dármela. Joder, Arthur... ¡joder! ¡No quiero que entres en ese maldito círculo! ¡Yo ya he estado ahí!

Conozco esa mirada culpable demasiado bien. Es cierto que sus ojos negros no suelen expresar mucho (bueno, en realidad él no suele expresar nada), pero soy su padre, y lo conozco mejor que la palma de mi mano. Ese destello de valor en sus corneas hablador de que quiere hacerse el héroe, no me gusta nada. Es como cuando de pequeño jugaba a encontrar el tesoro con sus amigos.

—Se acabó. ¡Nos vamos de aquí por hoy!

—¿¡Qué?! ¡Pero si acabamos de empezar!

—No, Arthur, está oscureciendo y ya nos vamos. Suelta esos papeles, y sígueme. No quiero que trabajes ni un minuto más en este caso, ¿queda claro? ¡Ni un solo minuto más!

Mis gritos lo descolocan, pero sigue firme ante mí. Dios mío, ¡qué alto es! ¡Ni siquiera me siento con la potestad de gritarle! Ya no es un niño. Es un adulto con trabajo y vida. Con una casa gigantesca y un montón de dinero. Con perros, coches de lujo y jardín con estanque.

Me siento pequeño e insignificante a su lado.

—Sabes que no puedes obligarme a nada ya, pero hice la promesa de respetarte cuando me lo pidieses, y eso haré. Esto lo hago

voluntariamente, para ayudarte, y si no quieres que esté a tu lado solo tienes que decirlo. Aunque tenga que aburrirme haciendo siempre lo mismo en casa.

Trago saliva intentando disimular mi nerviosismo y mostrarme firme como padre que soy ante todo.

—En ese caso, vámonos —insisto.

—Eso haremos, pero antes cogeré algunos de estos manuscritos.

Da media vuelta y agarra tres obras encuadernadas con títulos distintos que descansan sobre la mesa.

—¡Deja eso! ¡No tenemos permiso de nadie!

Oh, Arthur, Arthur, Arthur. El rico, rebelde y frío Arthur.

—¿Eso crees? —pregunta.

Sus labios se tuercen en una sonrisa ladeada que conozco bien, y me doy cuenta, irremediabilmente, de que mi hijo ya está en el círculo.

Capítulo 2

CAPÍTULO II: Azabache contra esmeralda.

Él cree que no me doy cuenta, o quizás piensa que no lo conozco lo suficiente. Quién sabe, ¡puede que no le importe que yo me entere! Pero sé que está leyendo esos manuscritos en privado. Sé que guarda la foto como si fuera oro en paño. Y lo sé, no solo porque lo conozco, sino porque yo he estado en su situación antes. Quizás no en la misma, pero sí parecida, por eso puedo decir que lo compadezco, y lo último que haré será culparlo por sentirse identificado con la chica secuestrada. Por el amor de Dios, ¡sería un monstruo si lo hiciera!

Un recuerdo doloroso cruza por mi mente: una hija única secuestrada, signos de violación y tortura en su habitación, restos de sangre por la ventada, el cuerpo desaparecido de la pobre quinceañera...

Sacudo la cabeza y dejo las evocaciones a un lado.

Entonces yo estaba empezando a trabajar. No conocía los peligros de involucrarse de más en un caso, pero esa experiencia me hizo aprender a ser más insensible, aunque me costó salir del círculo. Me costó tanto que estuve a punto de perder a mi ex mujer cuando aún no nos habíamos casado, cosa que no me habría perdonado nunca, porque ahora Arthur no existiría.

Resoplo mientras saco un cigarrillo de la cajetilla, lo coloco entre mis labios, y lo enciendo.

Necesito estar relajado para la entrevista con el ex novio de Anissa; el único y primer sospechoso que tengo. De hecho espero sacar algo de él, porque no tengo nada, y cuando digo nada, es nada. Ni una simple y mísera pista que pueda conducirme al culpable.

Hace una semana se me llenó mucho la boca tachando de inútiles a los anteriores criminalistas, pero ahora... puf. Ahora sé que el anterior detective tenía razón, porque ayer lo visité y revisé todos los informes sin encontrar nada útil. Incluso me sorprendí a mi mismo entendiendo su falta de esperanza, y eso que yo suelo ser de los que no la pierden hasta encontrar a la víctima.

Cuando entré en su despacho me miró con tristeza, me invitó a sentarme y me dijo:

—¿Tienes algo más? Porque yo busqué, y busqué, pero solo

encontré huellas de la familia.

—Entonces, consideremos a la madre y al padre como sospechosos.

—No. —Negó con la cabeza—. Ya lo hice yo, pero la puerta trasera estaba forzada, y los padres tienen coartada. ¿Qué necesidad habría de forzar la puerta de la propia casa?

—Quizás querían confundirnos.

Volvió a negar.

—Los secuestradores tuvieron cuidado, señor Doyle. ¿Acaso no vio que en el marco de la puerta había huellas de Anissa, y también a lo largo del pasillo? Pero no hay nada del secuestrador. Llevaba guantes, gorro, calcetines... no hay nada. El, o los secuestradores, son verdaderos profesionales. Ni siquiera necesitaron limpiar sus propias huellas.

—Así que pueden ser más de uno.

—Ojalá pudiéramos asegurarlo. Venga, le enseñaré todo lo que encontramos.

Me mostró las fotos del escenario, la recogida de huellas, los testimonios, las coartadas, las posibles sospechas, la relación entre Anissa y sus amigos y familiares... Aquella gente había invertido esfuerzo en el trabajo, dando palos de ciego durante meses. No sabían nada del cuerpo, el rastro de Anissa desaparecía en la calle, los perros no podían seguir el olor. El secuestrador (o secuestradores), era un fantasma. Un profesional con experiencia capaz de hacer trabajos perfectos.

Un resoplido involuntario escapa por mis labios.

Estoy cansado de andar, del estrés de estos tres últimos días. Pocas veces pienso con antelación que un caso está perdido. Prefiero tener paciencia, por si aparece algo en lo que nadie ha reparado.

¿Cuánto tiempo tendré que andar hasta llegar a la casa del chico con cara de mala uva? ¡Maldito coche por estropearse en el momento menos oportuno! ¡Y malditos autobuses por sus descoordinados horarios! Debí coger un taxi, y ya estaría volviendo a casa satisfecho, o bien decepcionado, no lo puedo saber aún.

«Ah, por fin. Ahí está el edificio. »

Tiro la colilla algo más aliviado, y la piso.

El bloque tiene aspecto moderno, y el barrio en el que está situado parece de los más nuevos de la ciudad, con calles amplias, coches impecables y deportivos. Es una zona plagada de gente joven y estudiantes, de pisos pequeños no muy caros, pero de aspecto sofisticado y limpio.

Con mi dedo pulso el botón de 3ºC, y la voz de un hombre llega hasta mis oídos: Una voz varonil y seria, algo ronca, quizás por una reciente siesta.

—¿Sí? —pregunta el hombre.

—Buenos días, soy el detective Doyle. Eric Doyle.

—Claro, señor. Pase.

Empujo la pesada puerta al escuchar el sonido eléctrico que me indica que puedo pasar, y subo las escaleras para llegar al ascensor. Una vez en su interior pulso de nuevo el número tres, y asciende de una manera tan suave como la caricia de una madre.

Una vez arriba, salgo de la caja de aluminio y encuentro la puerta del hogar abierta. Apoyado en el marco, un hombretón grande y delgado me espera con las piernas cruzadas. Sus ojos son color miel y la mandíbula cuadrada, perfecta. Va afeitado, peinado hacia atrás como uno de esos vampiros nobles de las películas en la edad media. Viste una camiseta sencilla de color gris, unos vaqueros rotos y dos deportivas del mismo color que la camiseta.

—Señor Doyle —saluda.

Por mi parte, asiento con la cabeza y le tiendo mi mano, cortés.

—Señor Eriksen.

Soy consciente de lo cálida y ruda que es su mano, típica de un trabajador en el campo. Perfecta para cavar hoyos y forcejear con alguien más débil.

Sus huellas no estaban en la habitación de Anissa: Si el secuestrador había llevado guantes, él era un sospechoso.

—Esperaba su visita, detective, responderé a todas sus preguntas y trataré de ayudar en la investigación cuanto me sea posible.

—Se lo agradezco, señor, este trabajo es duro cuando la gente no colabora.

—Por supuesto. Por favor, siéntese.

Como bien he supuesto, el salón es moderno y limpio, de color rojo, blanco y negro. Quizás un poco frío para mi gusto, pero igual de habitable. Sus estanterías están llenas de libros (abundando los de fantasía épica), hay figuras de dragones junto al televisor, un cuadro de Nueva York al lado del ventanal y dos figuras de cristal con forma de caballo en una de las estanterías. Los sillones son cómodos; mucho. Y en la mesita de café hay dos vasos de agua previamente preparados. Me pregunto si había alguien con él antes, o sus intenciones son más inocentes y solo quiere hacerme la pelota.

—¿Desea un té o café? ¿O prefiere el vaso de agua que le he preparado?

Así que eres previsor, ¿eh?

—El agua está bien, gracias —agradezco mientras saco mi blog de notas.

Observo a mi alrededor en busca de objetos sospechosos, y mis ojos se detienen en un retrato puesto boca abajo sobre un piano de cola; lo más clásico de toda la habitación

De reojo, veo cómo el señor Eriksen se sienta en el sillón de al lado y me sonrío con cordialidad.

—Dígame, señor Eriksen. ¿Cuál es su edad? —empiezo sin andarme con rodeos.

—Tengo veintitrés años. Uno más que la desaparecida Anissa.

—Así que la conoció en la carrera, ¿no es así?

—Oh, sí. La primera vez que la vi supe que esa preciosidad tenía que ser mía, y al final lo fue. Aunque me costó lo mío. —Coge su vaso de agua y le da un trago largo.

—¿Amor a primera vista?

—Por supuesto, detective. ¡No puede imaginarse cómo era! Sería imposible no enamorarse de ella. Tan risueña, tan feliz... la persona más fuerte que he conocido nunca. Hasta que la escritura la venció.

Niega con la cabeza, pesaroso, y su mirada refleja dolor: ese hombre quiere a Anissa. Estoy seguro de ello. Me he entrenado durante años en la detección de mentiras, y lo que siente es real. He conocido muy buenos actores, he sido engañado por maleantes, he caído en mil trampas, pero a base de errores aprendí. Eso, y sus pupilas no se habían dilatado al hablar de ella.

—Cuénteme su experiencia, y dígame: ¿Por qué la dejó si tanto la amaba?

Yo también doy un sorbo al agua mientras un escalofrío recorre el cuerpo del muchacho.

—Yo me enamoré de la chica que era antes. De la fuerte, feliz y despreocupada Anissa. La apoyé cuando empezó a escribir porque tenía fe total en ella, y sus libros eran buenos. Fracasó en su gran obra, pero le insistí para que continuara. Entonces fue cuando se obsesionó.

—Hasta ahí su historia concuerda con la de Elisa.

—Dejó de salir, —siguió, haciendo caso omiso de mi comentario—, y cuando la intentaba sacar de casa, era terrible... ¡Se enfadaba, detective! ¿Puede creerlo? Y a veces, más pocas que muchas, cuando conseguía sacarla a la calle, ella estaba ausente. No me miraba, solo hablaba de sus ideas, de sus penas, de sus ilusiones... y esa sonrisa que tanto me gustaba había desaparecido. Ya no la reconocía. Mi Anissa no era Anissa. Entonces pensé que si la dejaba...

—Pensaste que si la dejabas, ella volvería a ti y se esforzaría en cambiar por amor —termino.

Eriksen asiente y deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—Le entiendo, señor Eriksen.

Coloco mi cuaderno sobre la mesita de café, lo abro por la mitad, y resumo su historia con toda la rapidez que puedo. Por la periferia de mi visión percibo cómo el chico clava su vista en mis notas, así que ladeo el cuaderno hacia mí para que no vea nada.

Tras un minuto de silencio donde él no para de dar golpecitos nerviosos con el pie, continúo:

—Y respóndame a algo más si no le importa.

—Para nada —contesta de forma apresurada.

—¿Sintió usted furia al no conseguir lo que deseaba?

De pronto sus iris se oscurecen bajo la sombra de sus cejas.

—Sí, la sentí. ¿Pero qué podía hacer? ¡Ella ya estaba perdida!

—Bueno, podía secuestrarla para tenerla para usted. Al fin y al cabo, si no tenía con qué escribir, volvería a ser la joven que conoció al principio, ¿no es así?

—¿Cómo?! —ruge el hombre levantándose del sillón con tanto ímpetu que lo desliza hacia atrás un par de centímetros—. ¿Cómo se atreve?!

Su grito me hace sonreír, porque enfadarlo es exactamente lo que necesito: el descontrol y el miedo son la perdición de los criminales. En cuanto les tocas la fibra sensible todos acaban saltando. Las verdades salen como borbotones cuando sabes bien dónde atacar.

Con disimulo, acaricio la grabadora que descansa en mi bolsillo cumpliendo con su cometido, cierro la libreta, y me levanto para estar su altura.

—No, ¿cómo se atreve usted? ¿Acaso no se da cuenta? Según lo que acaba de decirme amaba a esa chica con una pasión inusual, y como no conseguía hacer que cambiase, la secuestró para conseguir lo que quería. Habría hecho lo que sea para que ella volviera a ser la Anissa de la que se enamoró, ¿o no es así?

—No. ¡No! ¡Está equivocado!

—¿En serio? ¡¿Entonces cómo explicas esto?!

Me dejo de formalidades y me dirijo hacia el piano, después agarro el retrato y lo pongo boca arriba con más ímpetu del que pretendo. Como esperaba, en él hay una foto de la pareja, y el cristal protector está roto. Tan solo quedan unos trozos afilados en las esquinas, y lo sospechoso es que Eriksen no las ha quitado.

—La secuestraron hace meses. ¿Cómo es posible que no haya tenido tiempo para quitar el cristal roto?! ¡¿Pretende hacerme creer que es tan vago como para no hacerlo?!

Su tez pasa del rojo al pálido a una velocidad que nunca creí posible.

—No es lo que piensa —murmura retorciéndose las manos.

—¡Entonces explíquese! ¿O quiere que le recuerde que traigo las esposas conmigo?

Retrocede un paso, acobardado, pero yo no avanzo, así que se tranquiliza.

—Ese retrato lo destrocé hace poco al enterarme de que Elisa, la madre de Anissa, había cambiado de detective. En cierto modo ese cambio significó una pérdida de esperanza para mí. —Se coge la cabeza con las manos, y niega con los ojos cerrados—. ¡Joder! ¡La idea de no volver a verla me cabreó!

—A pesar de eso ha tenido tiempo de coger el cuadro y guardarlo en un lugar seguro.

—¿Guardarlo? —pregunta. Y levanta las cejas como diciendo: «¿Es que está mal de la cabeza?»—. Es la única fotografía impresa que tengo con ella. No quiero hacer eso.

—Entonces colóquela bien en el piano. ¿O es que intentaba esconderla de mí?

Soy consciente de que alguien previsor como él habría sido lo suficientemente listo como para esconder el retrato, pero me gusta poner nerviosos a los sospechosos. Es, para mí, el método más efectivo.

—Tampoco soy capaz.

Inquisitivo, frunzo el ceño y me pregunto cómo es posible que alguien dé respuestas tan ilógicas.

—¿No es capaz ?

Niega mientras se sienta en el sillón, y apoya la frente en las manos.

—¿Por qué? —insisto—. Vamos, no tengo todo el día.

—Porque no puedo ver su cara, ¿de acuerdo? Sé que es la respuesta más estúpida, pero es la pura verdad. ¡Cada vez que la veo pienso que no la encontrarán y se me viene el mundo encima! ¡Maldita sea!

Con cuidado, acaricio los bordes del cristal y veo lo feliz que parecían juntos. Sin embargo, estoy seguro de que, después del daño que le hizo al dejarla, ella no volvería con él en su sano juicio. Eso contando

con que siga viva, y tengo mis dudas.

—¿Qué estaba haciendo la noche en que la secuestraron?
—interrogo. Mi voz suena grave, demasiado. Y amenazante. Bastante amenazante.

—Fui al pub Hondas con dos compañeros, señor Doyle. Ese día estaba muy triste: aún no hacía mucho que habíamos cortado, y necesitaba desahogarme.

Al fin, me alejo del piano, suelto el retrato, y decido que el muchacho está cerca de su límite. Además, tengo que comprobar si su coartada es real.

—Está bien, Eriksen, iré a preguntar al camarero si lo que dice es cierto, y créame cuando le digo que me encantará ver cómo se pudre en la cárcel cuando descubramos la verdad.

»No me creo su historia del retrato roto.

Satisfecho, noto que el joven traga saliva de forma sonora y se queda tieso, blanco como la leche, con los ojos muy abiertos.

Tras eso le doy la espalda y, marcando en mi móvil el número de mi equipo de criminalistas, salgo del piso con aires de superioridad.

iMaldita sea!

Una semana después estoy sin pistas de nuevo porque la coartada del ex novio de Anissa se confirma.

iMal, mal, mal, mal! ¿Qué voy a hacer ahora sin nada que seguir?

Me cojo la cabeza con las manos, y pienso en mi hijo Arthur. Normalmente él tiene respuestas cuando yo estoy sin ellas, pero pedí que dejara la investigación, y sería vergonzoso tener que arrastrarme pidiéndole volver.

Por otra parte no puedo quitarme de la cabeza que él es lo único que tengo, y que la felicidad de una familia entera podría estar en sus manos, así que decido tragarme mi orgullo. Cojo el móvil, pulso en el icono del teléfono y selecciono el nombre de mi hijo. La señal no tarda en sonar, y no han pasado dos tonos cuando escucho su voz profunda.

—Papá —saluda.

Su tono es desenfadado, y agradezco al cielo que no sea rencoroso.

—Arthur, ¿has desayunado ya?

—Vaya, vas al grano, ¿eh? ¿Quieres venir de nuevo para que mi cocinera te prepare unos gofres?

—Vaya, hijo, ¿esa es lo que piensas de tu padre? —Río a carcajadas—. Un hombre con cincuenta años que lo único que tiene que hacer en la vida es gorronearle comida a su niño.

—¡Para nada! —exclama, también riendo—. A mí me encanta que vengas a comer a mi casa, ya lo sabes.

—Pues te lo agradezco, pero en realidad no te llamaba para ir a desayunar. —Me lo pienso dos veces, y añado:— Aunque ahora que lo pienso, sí que me apetecen unos gofres.

Él vuelve a soltar una carcajada desenfadada.

—Dime, papá; ¿qué quieres?

—Hablar.

—Hablar sobre...

—Sobre Anissa. Ya sabes, el caso de la escritora. Ese en el que no hay muchas pistas, por no decir ninguna.

Respiro profundamente, y un silencio sepulcral se escucha al otro lado del auricular. Temo que se haya enfadado, pero cuando habla parece más complacido.

—¿Desde cuándo quieres que vuelva al caso?

—No quiero que lo hagas, porque sigue siendo peligroso para ti, pero necesito tu ayuda. Me he quedado sin pistas, hijo. No sé qué hacer. Ahora mismo me siento más inútil que un edredón nórdico sin plumas.

De nuevo, silencio.

—Está bien, papá —acepta al fin—. De hecho iba a llamarte, porque tengo algo que puede interesarte.

Mi corazón late más rápido de la cuenta, y tengo que poner mi mano en el pecho y presionar para relajarme. Sufro de taquicardias repentinas muy de cuando en cuando, pero me preocupo cuando ocurre.

Tiene algo. ¡Mi hijo ha conseguido lo que yo no! Me daría vergüenza reconocer que él es más observador, pero no es la primera vez que pasa.

—¿Tienes coche? —me pregunta para hacerme hablar.

—No, aún está en el mecánico.

—No te preocupes, Ronald estará ahí en diez minutos.

—Estaré preparado —digo.

Y cuelgo.

Nunca dejaré de sorprenderme la suerte que tiene este muchacho: su cocinera lo hace todo por él, incluyendo la limpieza, y su chófer... bueno, es demasiado serio, pero obediente, eficaz y silencioso, cosa que se agradece.

Corro a por mí cuaderno y recojo la grabadora de mi maletín, agarro mi chaqueta marrón, y peino mi pelo negro fugazmente con un peine de púas juntas que me deja el cabello perfecto: por fortuna la alopecia no es común en mi familia, y me siento orgulloso por ello.

Justo a los diez minutos salgo de casa, y el Mercedes de Arthur me está esperando en la puerta con el motor rugiendo de forma relajada, como su fuese un dragón domado por el guerrero más poderoso de todos los cuentos de fantasía.

Al penetrar en el asiento del copiloto saludo al chófer, este me devuelve el saludo muy formal. Al cabo de otros diez minutos ya estoy saliendo del vehículo con los nervios atenazando mis entrañas, creciendo cada vez más. Al cerrar la puerta observo mi reflejo, y descubro que mi expresión es tensa, así que intento serenarme y controlar mi respiración.

Solo es una pista a seguir. ¿Qué diablos me pasa?

—Padre —saluda Arthur desde la gran puerta de madera.

Su aspecto es descuidado, como siempre, con unos vaqueros oscuros y una camisa negra lisa. Su pelo, largo hasta los hombros, sedoso y brillante como el azabache. Además hace juego con sus grandes ojos, también negros, fríos e inexpresivos. ¡No es normal que aún continúe soltero! Rico y con pintas de chico malo. ¿Qué mujer se resiste a eso?...

No, no creía que la culpa fuese de ellas. Empezaba a pensar que, o bien mi chico tenía fobia al compromiso, o había heredado el puritanismo de su madre, católica hasta el extremo.

—Arthur, me sigue sorprendiendo la eficacia de tus trabajadores.

Él sonrío mostrando unos dientes perfectos.

—Ellos saben que es eficacia lo que quiero, si no; ¡puf!
—Gesticula con las manos.

Yo echo la cabeza atrás, y suelto una carcajada.

—Vamos, papá, los gofres nos esperan —me insta.

Ambos andamos por la gran casa perfectamente decorada hasta llegar a una habitación con cristaleras enormes que dan al jardín y al estanque con peces de colores, el cual es cruzado por un puente de madera. La cocina es de concepto abierto: a la izquierda hay una isla a la que podrían sentarse siete u ocho personas, y a la derecha una mesa de cristal color blanco que hace juego con las paredes gris pálido. La habitación en sí apenas tiene plantas o cuadros, pero las vistas, tan pintorescas, son más que suficiente.

¡Cualquiera tiene un buen día con todos esos lujos!

—Me sorprende que hayas conseguido todo esto con solo veinticinco años, hijo.

—Suerte. —Se encoje de hombros—. Y buen ojo. Soy de los que siempre están ojo avizor en las redes sociales. Si hay una obra maestra escondida, ahí estoy yo para cogerla y hacer con ella maravillas.

—Hasta que otro se te adelante —bromeo.

—Hasta que otro se me adelante.

Justo en ese momento una chica joven acude a servirnos leche semidesnatada. Con cuidado, llena mi taza y, después, la de Arthur, sin que se le caiga ni una sola gota. No dejo pasar por alto el pestañeo que le dedica a mi hijo, pero este se tensa al instante y la despacha con la mano derecha. Mientras ella se aleja meneando las caderas, Arthur se centra en su leche poniendo cara de esfuerzo, y yo me quedo mirando ese precioso trasero que se balancea sinuoso.

—¿Qué ha sido eso?! —exclamo en voz baja cuando se aleja.

—¿El qué? —inquiére mi hijo con cara de tonto.

— ¿Cómo que «el qué»? ¿Es que no has visto cómo te ha mirado? ¡Y es muy guapa! Tendrá tu edad, no más. ¿Nunca has pensado en buscarte novia? Eres listo, rico, guapo y joven. ¿Cómo es posible que le seas tan indiferente? Por un momento habría jurado que hasta te repele.

Su vista se clava en mí, fría. Yo me estremezco sin apartar la mirada, y me pregunto por qué será tan exigente con las mujeres. Por qué ese tema parece tabú para él.

—Ahora mismo lo único que me interesa es mi trabajo, papá. Las mujeres son algo secundario en mi vida.

—Pero, ¿nunca querrás tener hijos?

Se encoje de hombros quitándole importancia.

—Hay muchos medios para eso, y yo vivo el presente. En mi presente no hay mujeres, y si alguna vez hay alguna, será por razones que no conozco aún.

—Entiendo que quieras vivir el presente y que no quieras mujeres en tu vida, pero hijo, las mujeres traen alegrías y experiencias buenas también.

—No lo niego, pero mi vida está bajo control en estos momentos. Todo es perfecto tal y como está: no quiero cambiar.

Cruza los brazos sobre su pecho y sus ojos destellan en advertencia. Una advertencia que conozco más bien de lo que me gustaría.

Oh, Arthur, Arthur, Arthur. Mi adolescente tozudo encerrado en cuerpo de adulto. Cabezota, controlador e irreflexivo.

—Aquí tiene. —Se acerca de nuevo la preciosa cocinera de trasero respingón.

Sirve un gran plato con gofres, y nos ofrece diferentes tipos de sirope para acompañar. Tras eso se aleja de nuevo balanceando las caderas, no sin antes sonreír a Arthur, que vuelve a pasar de ella.

—Por Dios, hijo —le suelto—. Si tan mal te cae, ¿por qué no la despedes?

—Porque ninguna cocina tan bien como ella, o es capaz de llevar

una casa como esta solita.

Replicaría, pero el olor de los gofres me invade y mi estómago ruge, recordándome que aún no he desayunado. Cojo un gofre y lo cubro con sirope de chocolate y nata, mientras que Arthur cubre el suyo con vainilla y dulce de leche. Muy empalagoso para mi gusto.

—Mmmmm, está buenísimo —digo poniendo cara de placer al masticar el primer trozo—. Ahora cuéntame, que me tienes en ascuas. Dime qué has descubierto.

Sus ojos se oscurecen una vez más, y se pone serio mientras mastica.

—No estoy seguro de acertar, pero vale la pena intentarlo.

—No me habrás hecho venir aquí solo para desayunar conmigo, ¿no? —Me río.

—Para nada. Y has sido tú el que se ha apuntado, recuérdalo. —Suelta el tenedor a un lado del plato, y coloca la barbilla sobre las manos—. ¿Recuerdas la foto que nos encontramos?

Asiento, y él continúa hablando.

—A lo lejos, casi diminuto, se puede leer un cartel en el que pone: «Hospital de salud mental, Edward Jenner.»

»Al principio no le di importancia, pero entonces pensé: ¿Y si el secuestrador tuvo la idea, al ver la fotografía, de internarla allí? Sé que parece descabellado pero, como dijiste, no tenemos nada, y sabemos que Anissa tenía un trastorno obsesivo. ¿O acaso perdemos algo por ir hasta allí?

—Nada —contesto.

—Exacto, así que busqué información sobre ese hospital, y no te puedes imaginar lo que encontré.

Me descubro a mi mismo acercándome a la mesa poco a poco, muerto de curiosidad. Reconozco que también un poco envidioso porque él haya reparado en algo en lo que yo no.

—¿Qué encontraste?

—Es el hospital con peor fama en toda Europa, papá. Se rumorea que tratan a la gente fatal, como hace unos años. Atan a los enfermos y los doman a base de tranquilizantes. La comida es malísima y... bueno, la

higiene, el cuidado... lo son aún más. En teoría, las únicas familias que llevan a sus familiares al hospital son aquellas que no los quieren más en su vida.

—Quien entra allí, no sale.

Asiente, y un escalofrío recorre mi cuerpo haciendo que me quede un poco rígido.

Pese a que he visto de todo, nunca acabo de acostumbrarme a lo cruel que puede ser la gente. Cuando dicen que la realidad supera a la ficción tienen más razón de lo que creen.

—Eso que dices es horrible, Arthur.

—Sí. Por eso voy a ir esta tarde —concluye.

—¿Cómo?! —grito, y me levanto desplazando la silla unos centímetros, lo cual me recuerda a cierto Eriksen que se enfadó conmigo hace poco.

—No te sulfures, papá. Iba a avisarte después de ir. No quería preocuparte. De hecho, me gustaría ir solo aun así.

—Espera —pido dando vueltas por la cocina—. Me dices que has investigado esto sin mí, que tenías pensado ir al hospital sin avisarme, ¿y encima quieres ir solo?!

—Papá, ya soy un adulto, ¿cuándo te darás cuenta de eso?

La sangre me hierve como cada vez que me recuerda que es un adulto, pero tiene toda la razón: él ya no es el adolescente que se escapaba por las noches, ni el niño que jugaba a ser detective. Él es Arthur Doyle, de veinticinco años, con su vida hecha y la cabeza encima de los hombros. Sin embargo, no puedo evitar mantener su mirada con la mía en un duelo mudo y, como casi siempre, el azabache gana al esmeralda.

Capítulo 3

CAPÍTULO III: El nombre de la esperanza.

Oh, no, por favor. No quiero despertarme otra vez. Quiero quedarme así, dormida, para no tener que ver sus caras, sus malditas batas verdes y blancas y esos endiablados sedantes que me vuelven cada vez más débil. Quiero mi libreta y mi bolígrafo. Quiero ser libre otra vez. Necesito a mi madre, y a mi padrastro. Necesito su cariño, y también mi cama, mi cuarto, mi ropa... necesito a mis amigos, y dormirme para poder soñar con algo bonito, para no enfrentarme al presente, porque, a veces, cuando estoy despierta, pienso en la desdicha que me espera. Toda la vida encerrada aquí, sin volver a catar la libertad. Sin ver el color verde de los árboles en verano nunca más, ni escuchar el ladrido de un perro, o notar el crujido de las hojas secas bajo mis pies.

Alguien toca mi muñeca con violencia. Me duele. Abro los ojos para indicar que estoy despierta y no sigan sacudiéndome. Al verme, la enfermera me sonrío de forma falsa y me guía hacia la silla. Entonces vuelvo a ver lo mismo: Esos cristales resistentes, la habitación blanca, y mis manos demacradas.

Sollozo, y la garganta me arde ante el paso de las lágrimas.

—Aquí tienes tu merienda, Anissa.

No. No quiero comer más. Si toda mi vida va a ser así, si vais a negarme siempre lo que pido, entonces prefiero morir. Nunca me resignaré a dejar de escribir, a abandonar mis sueños, a dar a mis ilusiones de lado... no. Para una chica luchadora como yo, eso es imposible.

—¿Sabes qué, Anissa? Hoy tienes una visita.

¿Visita? Visita. Esa palabra resuena en mi cabeza y me agarro a ella. ¿Alguien me hace una visita? No puede ser: hace meses, o años que nadie viene a verme. No lo sé. He perdido la percepción del tiempo, y no entiendo qué ha cambiado. Llevo días despertándome obligada, comiendo, bebiendo y durmiendo como una completa autómatas. ¿Por qué iba a ser distinto hoy?

Miro a la enfermera con cara de pocos amigos dejándola paralizada. En realidad no sé qué ven en mí para que se queden tan parados al mirarme. ¡Vamos! Mi aspecto no puede ser tan malo, ¿no? De todas formas me gusta que me miren así. Yo los odio, y ellos me tienen miedo. Mis ojos les dan miedo, y cuando los acompaño de una sonrisa de las mías, diabólica a mi parecer, ellos se apartan, salen de la habitación e

intentan no volver hasta el día siguiente. A no ser que grite, claro. Eso siempre los saca de quicio.

Tal y como esperaba, la enfermera me deja la bandeja enfrente, y se va.

Toco el filete con el dedo Pulgar, y lo noto frío, duro como una piedra. Sé que estaré intentando trocearlo alrededor de quince minutos y que cuando lo mastique me darán ganas de vomitar porque sabe a plástico. Las patatas fritas estarán medio crudas, y la ensalada no llevará sal ni aceite. Lo último que hacen allí es complicarse la vida. Eso, o la cocinera a la que han contratado es la peor de todo el país.

Resoplo.

La sensación de vacío que tengo en mi interior me hace sentir como un pájaro sin alas, solo que en esta ocasión yo soy el pájaro, y las alas mi libertad.

De nuevo me dan ganas de llorar, pero sé que si lo hago volverán a calmarme con un sedante, y odio la sensación que se me queda cuando me duermen con uno: pesada, sumida en un sopor involuntario. Y encima a la mañana siguiente me despierto como si hubiese bebido durante toda la noche. A veces, hasta vomito.

—¿Anissa?

Me llama alguien.

Pese a que su voz parece muy lejana, intento volver a la realidad que tanto me molesta.

—¿Anissa?

Vuelve a llamarme la voz masculina.

Pestañeo con la cabeza gacha, vuelvo a tocar el filete de forma despreocupada, aparto la bandeja a un lado, y levando la mirada para encontrarme con un auténtico dios de la belleza.

Un hombre apuesto me estudia desde la puerta. Tras él se cuela toda la luz del pasillo, lo que me obliga a entornar los ojos. Me siento como si estuviese viendo a un ángel. Un ángel muy *follable*, desde luego. Me río, porque hacía tiempo que no veía a nadie atractivo por aquí, y ese pedazo de macho me está llamando por mi nombre, y en su boca, pronunciado de una forma tan profunda, es como si me hiciese el amor

con las palabras.

Su rostro es... y su cuerpo tan... *guau*.

—¿Me escuchas? —pregunta con una seguridad aplastante.

Yo asiento y le lanzo una de mis sonrisas diabólicas, pero él no se acobarda: todo lo contrario. Me devuelve una muy parecida.

Su cuerpo es precioso, alto, fortalecido, de hombros anchos y caderas más estrechas. Su camiseta negra enmarcando sus abdominales y brazos trabajados, y su rostro rodeado de una nube negra y sedosa: el pelo más brillante que jamás haya visto en vida. Su rostro no podía ser otro que el de la perfección personificada: nariz recta, labios carnosos y ojos azabache. ¡Y qué ojos! Negros como pozos sin fondo, fríos y a la vez cálidos, muy, pero que muy cálidos. Ojos que encierran promesas, y que, de repente, levantan mi interés y deseo mirarlos durante todas las horas de mi vida.

Ese hombre es sexo en sí mismo, y encima como a mí me gustan: oscuro, misterioso... como yo.

Una vocecita muy suave sale de mi garganta por mis labios, y al escucharla no consigo identificarla.

—¿No te intimidas? —pregunto.

Y me doy cuenta de que esa voz es mía.

Él levanta una ceja, divertido.

—Lo extraño es que no seas tú la que se intimida.

Por primera vez en mucho tiempo, sonrío, y me sorprendo a mí misma al hacerlo.

—Escúchame. —Se acerca a mí y se arrodilla para estar a mi nivel—. Venga a sacarte de aquí, ¿de acuerdo? Pero no podré hacerlo si no me dices quién te ha traído.

—¿Tú me vas a sacar de aquí?

—Lo haré. Te lo prometo.

—Y me vas a devolver mis libros.

Más que una pregunta, es una orden. Y es indiscutible.

Si ese hombre me libera, me tiene que devolver mis libros. Me llevará a casa, me hará el amor como un animal y, después, escribiré hasta caer rendida. Así es como quiero que sean todos los días de mi vida a partir de hoy, porque ya que he visto a la perfección en persona es imposible que me lo quite de la cabeza.

—Te daré todo lo que quieras, pero antes dime quién te ha metido aquí...

Un sollozo involuntario escapa de mis labios interrumpiendo al desconocido, las manos empiezan a temblarme con violencia, las piernas no me responden, y los dientes me castañetean. Si salir de ahí depende de mí, si tengo que identificar a mis secuestradores, nunca lo haré. Teniendo en cuenta que apenas recuerdo nada, que no les vi la cara, y que ese hombre no podrá liberarme hasta saberlo, estoy tan perdida como hace media hora.

—No lo sé. ¡No lo sé! Lo juro, ino tengo ni idea! —grito en pleno llanto.

—Anissa, relájate, por favor. —El hombre perfecto se acerca a mí y posa sus manos en mis rodillas en un intento por tranquilizarme, aunque en realidad me pone más nerviosa—. Estoy seguro de que puedes ayudar. Al menos dime si sabes por qué te han traído a este sitio.

—No estoy loca —murmuro tan rápido que se me atropellan las palabras—. No lo estoy. No lo estoy. No lo estoy. Mis libros solo eran mis hijos, mi pasión, mi oxígeno, pero eso no quiere decir que esté loca. Yo sé muy bien lo que hago, ¿vale?

Doy un pequeño brinco al ser consciente de que el hombre me está abrazando: Su contacto es cálido y reconfortante como un fuego en invierno. Sus brazos son gruesos, largos, y me hacen sentir protegida. Me transmite un calor que empieza en mis hombros y me recorre todo el cuerpo, incluidas partes que llevaba tiempo sin sentir. La libido, dormida hasta ese momento, me inunda de una forma tan exagerada que hasta me asusto, pero no me alejo. Entierro mi cara en su cuello mientras los hipidos me sacuden.

—No lo sé, ¿vale? No sé quiénes son ellos. Me trajeron aquí un día, y no quiero seguir viviendo desde entonces. Esto es horrible. ¡Horrible! Quiero a mis padres, quiero mi bolígrafo y mis folios; eso es todo lo que me hace falta.

«Bueno, y si tú te añades al paquete estaré mucho más

contenta». Estoy a punto de decir.

Pero me retengo.

Mi cuerpo se sacude entre sus brazos, y él se aparta de mí y clava su vista en mis iris azules de nuevo.

—Los tendrás. Tendrás tu libertad y a tus padres, porque a eso vengo, pequeña: a salvarte. A sacarte de este sitio, ¿me entiendes?

—Pero me has dicho hace dos segundos que no me puedes sacar de aquí si no ayudo...

—¡A la mierda todo lo que he dicho! —exclama en voz baja a mi oído.

Su aliento me golpea, húmedo, y no necesito más para que mis pezones se endurezcan.

—Voy a sacarte de aquí ahora mismo —continúa—. No te mereces lo que te está pasando, y, al fin y al cabo, eres la víctima de un secuestro.

—¿Y cómo quieres que te crea?

—Vamos, Anissa. Confía en mí. Soy lo único que tienes.

Asiento imperceptiblemente, pero tengo la certeza de que él me ha entendido. No tengo ni idea de cómo, pero lo sé. Solo queda algo que no me tiene conforme.

—¿Y mis obras? Si me prometes también que no me prohibirás escribir, te seguiré con los ojos cerrados.

—Te doy mi palabra. De hecho, te he traído una, ¿la quieres ver?

Asiento, y tengo la sensación de que la saliva se ha disuelto en mi boca, lo cual me recuerda a un día en el centro comercial cuando era pequeña. Me perdí estando mi madre en los probadores, y pasé mucha sed hasta que un encargado me encontró. Con la diferencia de que entonces tenía miedo y ahora podría explotar de emoción.

Ilusionada, me levanto de la silla y veo cómo mete la mano en su maletín y saca un taco de folios encuadernados con anilla. En el primer folio se lee «Crónicas de Narad, y la búsqueda de los objetos sagrados». De inmediato, me pongo las manos sobre los labios y dejo escapar un par

de lágrimas más. Esta vez por felicidad.

«Crónicas de Narad, y la búsqueda de los objetos sagrados» fue el libro con el que empezó todo. Fue mi primera novela a los trece años, de género fantástico. Estuve días escribiendo sin parar. La pasión por la escritura se desencadenó a partir de él. Hice dos copias: la que el hombre perfecto tiene en sus manos, y otra de tapa dura decorada con pegatinas de ángeles y dragones.

—Déjame tocarlo, por favor —suplico notando que el temblor empieza de nuevo.

—No, señor Doyle. —La maldita enfermera que me ha dado la comida interpone su brazo entre el libro y yo—. Tenemos órdenes de que Anissa debe evitar el contacto con cualquier libro, bolígrafo o papel.

¿Qué?! ¿Pero cómo se atreve esa maldita arpía?! Dios mío... todos los dioses del universo! Juro que voy a arrancarle el brazo a la bruja como no se quite pronto. Esa obra es mía... ¡Mía! Y yo puedo hacer con ella lo que me de la real gana.

—No, señorita. —Niega el tal Doyle para mi placer—. Voy a sacar a esta chica de aquí, y voy a darle sus libros para que vuelva a hacer lo que de verdad la hace feliz. Todos tenemos derecho a vivir la vida como queremos, y ella más, que está en plena juventud. ¿O acaso me va a decir que con veintidós años ya lo tiene todo hecho?

La enfermera sacude su cabello recogido en un moño, y se mantiene firme.

—Señor Doyle. Si no cumple las órdenes tendré que llamar a seguridad.

—Esta chica está desaparecida, mujer. —El hombre se levanta y hace frente a la bruja bajita—. Ahora mismo sus padres creen que está muerta o a saber qué, y con esto quiero decir que son ustedes aliados de un secuestrador. Así que, o me la llevo conmigo, o irán a la cárcel todos, uno por uno. Y juro que no se escapará nadie.

¿Estoy secuestrada? ¿Mis padres me están buscando? ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Quién es Doyle? ¿Un policía? ¿Y qué hace con mis libros? Tengo tantas preguntas que no sé por dónde empezar. Me gustaría soltarlas todas de golpe, pero algo me dice que tengo que dejar a Doyle al mando. Parece que sabe lo que se hace, o al menos es lo que pretende.

—Pero nuestras órdenes...

—¡Las órdenes me las tiro! —ruge haciendo que se me erice el vello— ¡Esto es la ley, y esta chica está secuestrada! ¿Qué es lo que no entiende?

De pronto la mujer grita «¡seguridad!», y todo empieza a moverse a cámara rápida: Doyle guarda la obra en su maletín mientras la enfermera se escaquea, me agarra de la muñeca derecha, y tira de mí sin ningún miramiento.

—Mierda —murmura.

No sé si estoy emocionada o aterrada. Hacía tanto tiempo que no sentía nada que ya no sé identificar bien los sentimientos, aunque reconozco que él empieza a recordármelos. Podría compararlos con un montón de pájaros que picotean mi estómago, y también tengo el corazón encogido porque quiero que todo salga bien. Tengo esperanza, por fin. Después de tanto tiempo... no puedo ser débil ahora.

Al salir de la habitación, unos señores nos cortan el paso y Doyle me empuja hacia atrás sin cuidado. Choco contra la pared y mis piernas ceden bajo el peso de mi cuerpo. Al caer me pilla la muñeca con el trasero y noto un crujido que me envía un calambre por los dedos, ascendiendo después hacia el hombro. Mis ojos se nublan por el dolor, y lo único que quiero es chillar.

No lo hago.

Doyle está peleándose con los dos guardias de seguridad, y tengo que reconocer que me impresiona. No sé si por su rapidez o los golpes tan certeros que siempre golpean en el punto exacto, pero no puedo apartar mi vista de sus movimientos encadenados, que hacen parecer a la pelea un baile. Su cuerpo de pantera esquiva una patada lateral, después agarra la pierna del primer guardia y la gira para ponerlo boca abajo. El hombretón lanza una exclamación de sorpresa y se da un golpe en la cabeza que lo deja fuera de juego. El otro parece más duro de pelar, pero Doyle no se deja intimar: estrella su puño contra la mandíbula redondeada del guardián, y, enseguida, golpea sus costillas con el talón. Por fin, el hombre cae al suelo y Doyle le da la espalda para levantarme, pero veo por el rabillo del ojo que el guardia está desenfundando la pistola, así que chilló, y lo próximo que sé es que me he lanzado hacia su mano como una leona enfadada, le he quitado el arma y lo estoy apuntando con un pulso tan tembloroso que no sería capaz de acertar ni a un Pokemon llamado Snorlax a una distancia de medio metro.

—¿Pero qué demonios haces?! —grita Doyle a mi lado.

Me agarra y corremos como una exhalación hacia la salida. Una vez fuera, el aire fresco me golpea en la cara con tal fuerza que me

descoloca.

—Vamos, monta —ordena el hombre perfecto.

Aún aturdida, levanto la mirada y escruto la moto gigantesca de color plateado que intimida al primer vistazo. Las ruedas son grandes, altas y, no entiendo de motos, la verdad, pero juraría que es una Icon Sheene, o, al menos, parecida.

—Venga, imóntate! —me insta mientras guarda el maletín, se acomoda en la zona delantera y arranca.

—Yo... hace mucho que no me subo en una moto.

Pone los ojos en blanco, se baja, me coge por la cintura como si me tratase de una pluma, y me coloca en la parte trasera. Después se monta delante de mí dándome la oportunidad de idolatrar su espalda atlética. Ahí, con mis manos alrededor de su cintura, me siento a salvo tras meses.